



“Por la gracia de Dios soy lo que soy.”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15,1-11:

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os proclamé y que vosotros aceptasteis, y en el que estáis fundados, y que os está salvando, si es que conserváis el Evangelio que os proclamé; de lo contrario, se ha malogrado vuestra adhesión a la fe. Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; por último, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído.

Salmo

Sal 117 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia. R/.
«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa.»
No he de morir, viviré para contar
las hazañas del Señor. R/.
Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,36-50

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume.

Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.»

Jesús tomó la palabra y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte.»

Él respondió: «Dímelo, maestro.»

Jesús le dijo: «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?»

Simón contestó: «Supongo que aquel a quien le perdonó más.»

Jesús le dijo: «Has juzgado rectamente.»

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.»

Y a ella le dijo: «Tus pecados están perdonados.»

Los demás convidados empezaron a decir entre sí: «¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?»

Pero Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Según las Escrituras”

La primera lectura de hoy recoge el germen de lo que más tarde llegaría a constituir la profesión de fe, el Credo. De hecho el apóstrofe

“según las escrituras”, apunta a una formulación fijada ya para uso de los primeros cristianos. Varias veces nos dice Pablo en sus cartas que él transmite lo que a su vez ha recibido, constituyéndose en garante de una tradición viva, que es oral antes que escrita.

En esta formulación se nos presenta el hecho fundamental de la fe cristiana: la resurrección. Sin ella vana es nuestra fe. La fe en la resurrección no se apoya en certezas, porque nadie fue testigo directo del hecho de la resurrección, y por tanto nadie puede explicarlo. Se apoya en el testimonio de los que se encontraron con el Resucitado, y tuvieron experiencia de que Él estaba vivo.

Nosotros somos los herederos de ese testimonio y sólo haciendo la experiencia del encuentro vivo y personal con Cristo Resucitado podremos ser testigos cualificados de esta fe que hemos recibido.

Ya lo dijo Benedicto XVI y lo repite el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva” (*Evangelii Gaudium*, 7; *Deus caritas est*, 1).

Este acontecimiento es la Resurrección, esta Persona Jesucristo, el Primogénito de entre los muertos.

¿Ves a esta mujer?

Un fraile contó que una vez vio una exposición de fotografías de niños de la calle en un país latinoamericano. Las fotografías habían captado distintos momentos de la realidad de estos niños y había fotos de todo tipo: niños pidiendo, otros revolviendo la basura, otros tirados esnifando productos, etc., etc., y así cientos de ellas. Además cada foto iba acompañada de una leyenda cuya finalidad, más que explicativa, era para impactar al espectador.

Pero tan sólo una foto llamó su atención: era un niño pequeño de 9 años, más pequeño de lo normal por la desnutrición. No estaba haciendo nada más que mirar fijamente a la cámara, con cara triste; la leyenda decía: “¡saben que existo, pero nadie me ve!, Javier, 9 años”.

Eso mismo pudo decir esta mujer a Jesús: “saben que existo, pero nadie me ve, y, si me ven, es para usarme o juzgarme”.

Sin embargo Jesús sabe mirar con otros ojos; Él ve con el corazón y, dejando que la mujer le muestre su amor, y con sólo una pregunta –“¿ves a esta mujer?”–, es capaz de devolverle en un instante a la mujer toda su dignidad, restaurándola a una vida nueva.

Es una fuerte invitación a que revisemos nuestras miradas y en consecuencia a que revisemos nuestro corazón porque ya sabemos que “sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”.



MM. Dominicicas
Monasterio de Sta. Ana (Murcia)

San Juan Macías

San Juan Macías nace en Ribera de Fresno (Badajoz) el año 1585. Huérfano a los cuatro años, desde muy niño fue dedicado al oficio de pastor. Su vida esta marcada por una primera educación familia de especial devoción a la Virgen María, particularmente mediante el rezo del Rosario. Las largas horas cuidando ovejas le permiten adquirir hábitos contemplativos. Piensa mucho en el texto del Apocalipsis: "vi un cielo nuevo y una tierra nueva" y lo identifica con las Américas, hacía poco descubiertas. Emigra a América del Sur. En una nave mercante llega a Cartagena de Indias (Colombia) y más tarde a Lima. Allí pide el hábito de hermano cooperador, en el **convento de Santa María Magdalena**, en 1622, cuando contaba treinta y siete años. Su vida se distingue por una **gran pobreza, humildad y caridad**, es una persona sencilla y siempre abierta al cambio de vida. Aprende de los acontecimientos y de la lectura de la Palabra de Dios. Su oración es muy profunda: en ella la Virgen María y San Juan Evangelista le ayudan a encontrarse permanentemente con Cristo. Es un hermano muy respetuoso de los consensos comunitarios e incansable trabajador.

Fue portero del convento durante veinticinco años. Desde ese puesto ejercita una increíble obra de beneficencia material y espiritual con limosnas y con el rosario ofrecido por los pecados propios por los demás y en sufragio por las almas del purgatorio. Tuvo también mucho influjo en la ciudad con sus consejos. Aquella portería de la Magdalena se convierte en lugar de comunión y participación de pobres y enfermos. Allí Juan Macías ora con ellos, les imparte catequesis y les ayuda en sus necesidades. Su acción va más allá del recito conventual. Es capaz de amaestrar un borriquillo que con él pide limosna. Más de una vez, sin guía alguna, se dirige a las casas de los necesitados llevándoles alimento. Contemporáneo de San Martín de Porres y Rosa de Lima, es también evangelio viviente del Señor Jesús. También como San Martín, sufre con valentía injurias y calumnias por su caridad heroica con los necesitados.

San Juan Macías murió en Lima el 15 de septiembre de 1645. Su cuerpo se venera en la basílica del Rosario. Fue beatificado por Gregorio XVI en 1813 y canonizado por Pablo VI el 28 de septiembre de 1975.

Más información: [Grandes Figuras](#)